

Un disparo a ciegas

La mansión DuFoncey descansaba sobre un escarpado risco, elevándose majestuosa sobre varias colinas adyacentes como un pavo tratando de elevar su cola más alto que la del resto. Gran parte de dichas colinas estaba salpicada por diversas cruces y lápidas de madera y granito; la mayoría señalaban los lugares de descanso eterno de antiguos habitantes de la ciudad, unas cuantas servían como recordatorio de los héroes que habían caído en diversas luchas contra el mal y las últimas cuatro, en el centro del cementerio, servían de porterías en el campeonato de futbito del barrio.

Hacia ya tres siglos desde que el viejo edificio fuese construido. Aquello fue objeto de una larga polémica, puesto que el entonces alcalde, Vozdeoso Johnson no veía con buenos ojos que se edificara en aquel lugar sagrado. Finalmente, Fosforosa DuFoncey, quien en aquella época ostentaba el título de Hechicera Masnífica, consiguió convencerle de que situar la mansión allí era el único modo de evitar potenciales catástrofes¹.

En la actualidad, el propietario de la despampanante choza y heredero del cargo de Hechicero Masnífico, era Felipe DuFoncey, descendiente de Fosforosa, de quien la separaban 2d6 generaciones.

Aquella noche míster DuFoncey caminaba por los pasillos de su casa con pesadez, arrastrando los pies con desgana y contemplando cuanto le rodeaba con ojos tristes. Por algún motivo la anciana Fosforosa había visitado sus sueños la noche anterior² y ahora no conseguía quitársela de la cabeza. Probablemente el estar cruzando la estancia bautizada como “El corredor de lady Fosforosa” tampoco estaba facilitándole mucho las cosas. El lugar en cuestión era un largo pasillo, en el sentido victoriano de la palabra “largo”, cubierto por una numerosa fila de cuadros de miss DuFoncey a cada cual más igual que el anterior.

Siendo la más poderosa usuaria de magia de Absurdo, Fosforosa no había querido conformarse con un retrato estático que reprodujese su imagen, había querido adelantarse un par de cientos de años a su tiempo y había contratado a un joven artista Asolotiense muy prometedor, quien era conocido por sus pinturas experimentales y le había propuesto una idea completamente innovadora. Yensid Tlaw, el pintor, había captado la esencia de la hechicera en un conjunto de cuadros que, visionados en rápida sucesión mostraban una animación de como ella había sido en vida. En definitiva, Yensid logró una animación muy convincente de una anciana completamente inmóvil.

Tras cruzar el corredor de lady Fosforosa, míster Felipe llegó a la sala de encantamientos. Se dejó caer pesadamente sobre la silla que había frente a su escritorio, sacó una libreta del cajón y, una vez mojada la pequeña pluma de ganso en tinta, procedió a escribir:

<<Ochum der Aghosito due annio 207>>

Tomó aliento, cerró los ojos y se apretó con fuerza el tabique de la nariz entre el índice y el pulgar de la mano derecha. Después continuó:

<<Estria quer nomeringo, nóferes culesquia >>

Entonces cerró la libreta de un manotazo y decidió que seguiría cuando estuviese sobrio. Pero al día siguiente, cuando se despertó, estaba muerto, lo cual le deprimió bastante y le quitó las ganas de seguir escribiendo.

¹ Catástrofes como que su mujer descubriese que le había estado poniendo los cuernos con su hermana.

² También había visitado su mueble-bar, su despensa y su lavabo. De hecho, en este último lugar, le había dejado un recuerdo un tanto desagradable y poco propio de un fantasma.

Por la mañana la casa se llenó de policías: agentes de homicidios, policía secreta, detectives de anti-vicio y Hobo, el payaso policía. Durante más de hora y media la cocina y el salón de los DuFoncey fueron un auténtico caos. Los agentes de la ley no paraban, iban de aquí para allá examinando objetos, llenando bolsas herméticas con todo tipo de pequeños objetos que iban encontrando y sacando fotos de todas las esquinas.

Un rato después descubrieron que había un cadáver en la casa.

Dado que el fallecido era un conocido miembro de la comunidad superheroica de Ciudad de los Patos, el protocolo a seguir indicaba que debía darse parte del suceso al departamento de investigaciones superheroicas, paranormales y anormales regulado oficialmente. Así que, antes de que el último donut de la casa desapareciese, los chicos de D.I.S.P.A.R.O se presentaron en el lugar del crimen.

Cuando entraron en la cocina donde se reunían los policías, como siempre que llegaban a cualquier parte, los presentes se quedaron mudos. También se quedaron sordos y ciegos, porque a los muchachos les gustaba entrar en los sitios lanzando primero una granada aturdirora. Esto atraía inmediatamente la atención hacia ellos³, que era lo que pretendían conseguir.

Los tres miembros de D.I.S.P.A.R.O entraron por la puerta con autoridad y firmeza, con la seguridad de quien está al mando. Acorazados con sus uniformes cibernéticos de última generación, sin duda imponían respeto. Se quedaron inmóviles durante unos instantes, paseando la mirada por la estancia, haciendo ver que contemplaban a los presentes con alguna finalidad que sólo ellos conocían. En realidad estaban posando. Se habían colocado en formación triangular⁴ y procurando que la mayor parte de su armadura reluciese con la luz que entraba por las enormes ventanas.

Tsubos, quien se había colocado delante y que era un hombretón formidable incluso sin la armadura, mantenía los brazos cruzados y una trabajadísima expresión asesina⁵. Salínasen era un tipo alto y delgado como una señal de tráfico que se situaba siempre a la diestra de Tsubos y ponía los brazos en jarras. El último del trío era Mertesakken, un gigante cuya altura solo se veía rebasada por su diámetro y al que le haría falta mucha ayuda para cruzar los brazos y unas leyes de la termodinámica menos estrictas para poder ponerlos en jarras.

Les llamaban “El fuerte, el gordo y el flaco”. De hecho, el alcalde los había escogido tan dispares porque todos los pobres le parecían iguales y solía confundirlos.

-¿Quién está al mando aquí? -dijo Tsubos con una voz que partía nueces con el culo.

Los agentes se mantuvieron en silencio durante unos instantes, mirándose unos a otros sin atreverse a decir nada. Finalmente uno de los de anti-vicio consiguió emitir un hilillo de voz.

-¿Vo... vosotros?

-¡Falso! ¡Somos no...! -Tsubos se detuvo a media frase y puso cara de fastidio⁶- ¿Qué has dicho?

-Vosotros estáis al mando, ¿no? -repitió el agente.

-Vaya -dijo Salínasen con evidente decepción-, te han fastidiado la presentación.

-Es un asco -intervino Mertesakken-, los extras de hoy en día ya no tienen respeto por los clásicos.

3 También solía atraer balas, puñales arrojados y, en cierta ocasión, un pañal usado.

4 Siendo tres no tenían una gran variedad de formaciones para elegir.

5 Era una lástima que el casco le cubriese el rostro hasta la boca.

6 O al menos “boca” de fastidio.

-Bueno -repuso Tsubos, quien había estado consultando la pantalla electrónica de su antebrazo-, ¿y ahora qué hacemos? El resto de las frases ya no cuadran: "...si no os gusta podéis besarme el...", esa no. "Yo soy la ley y tu sólo eres piorrea", esa tampoco. -Varios "bips" se sucedieron rápidamente, a medida que el agente anti-superhumanos repasaba las frases de su agenda.

-¿Alguna que aún tenga sentido? -ahora los tres estaban inclinados, apiñados alrededor de la pantalla. Salínasen, el delgado era el que hablaba.

-Puedo decir la del ketchup -señaló Mertesakken.

-Na, déjalo. Sin el resto del diálogo y una regadera no se entiende muy bien -dijo Salínasen.

-¿Entonces que hacemos?

-¿Nos ponemos a trabajar?

-Bu... ¡que pocas ganas!

-Sí, pero al menos podremos decir nuestras frases de investigación.

-Hombre, visto así...

Finalmente hubo consenso y los tres relucientes policías se dirigieron a la habitación del difunto Mr. DuFoncey. El resto de los agentes de la ley, que habían asistido atónitos a la escena, se debatían entre la curiosidad por lo que aquellos tres harían a continuación y el terror a que a alguno de aquellos locos se le acabase de aflojar una tuerca metafórica o real. Al final se quedaron en la cocina, que era donde estaba la comida.

Al rato Tsubos y Salínasen se encontraban frente al difunto Felipe DuFoncey y procedían a examinarlo. Mertesakken, sin embargo, se mantenía algo apartado del cadáver, concretamente a veinte metros, en el salón, viendo la tele.

-Parece que murió de una puñalada -afirmó Salínasen.

-No sé... -respondió Tsubos- quizá ya llevaba ese cuchillo clavado en la espalda cuando lo mataron.

-Hay que ser un asesino muy hábil para poder coger a un hechicero tan poderoso como DuFoncey desprevenido. -repuso el más delgado, haciendo caso omiso de los comentarios de su compañero.

-Más que eso, hay que ser un verdadero prodigio, un tipo de muy alto nivel, para matar de un único golpe a un mago con 1200hp.

-Mira, esto sin duda ayudaría -comentó Salínasen mientras extraía con cuidado el puñal asesino.

Era una hermosa daga con empuñadura de marfil y múltiples adornos en forma de joyas que probablemente le conferían algún tipo de encantamiento. En la empuñadura habían tallado las letras T.O.

-¡Vaya, una daga asesina +5, con triple daño a señores con bigote!

-No se ven muchas como esta.

-No, ¿verdad? -Tsubos se llevó un dedo a la boca y se dio unos golpecitos en actitud pensativa. Por fin sonrió ampliamente y dijo con voz triunfante- ¿Estás pensando lo mismo que yo?

-¡Qué manía tienes de preguntar eso! ¿Sabes lo poco probable que es que dos personas piensen exactamente lo mismo al mismo tiempo?

-Sígueme el rollo, recuerda que soy el jefe⁷.

⁷ Era verdad, aunque oficialmente no tenían rangos dentro de D.I.S.P.A.R.O, entre los tres habían decidido que era mejor que tuviesen una clara jerarquía en el grupo para evitar malentendidos. Así que, a falta de un método más científico lo decidieron a piedra, papel y tijeras*.

Salínasen le dedicó una mirada entre irritada y desganada. A continuación resopló con resignación.

-Vaaaale, síi, estoy pensando lo mismiiiito que tú.

-Muy bien, eso es mentalidad de equipo. Ahora ya sabes lo que hay que hacer, llama y concierta una cita.

-¡Vete a la mierda! ¿De qué me estás hablando?

-Sólo hay un puñado de tipos que yo conozca capaces de abrirse paso hasta aquí sin ser vistos, acercarse hasta el mago y asestarle semejante puñalada. Pero de ese puñado no hay más que uno con el nivel suficiente para usar una daga como esa.

-¿Y quién es ese fenómeno?

-Thariakan Opio.

-Me suena. -Salínasen alzó la mirada al techo mientras trataba de recordar donde había oído ese nombre antes- ¿No es ese tipo con el que se le fue la pinza a Pianof? ¿Al que quería partir por la mitad?

-Ese mismo. Al final decidieron encogerlo y meterlo en una prisión de cristal. Pero más tarde se escapó de esa prisión y cuando lo volvieron a pillar lo mandaron al Cacharrero⁸.

-¿Al Cacharrero? ¿Y cómo se supone que ha matado al yayo desde allí?

-La respuesta a eso, mi querido amigo... -Tsubos hizo una pausa dramática- ...en el próximo capítulo.

*Ganó Tsubos, que llevó bastantes más piedras y tenía mejor puntería que los otros dos.

8 El Cacharrero era la prisión de más alta seguridad de J.R.J y probablemente de todo el planeta. A excepción quizá de la prisión "Cuchilla" de Cortacabezas, de donde no escapaba nunca nadie*.

*Probablemente porque aún nadie había cometido un delito que no se castigase directamente con la guillotina y la prisión estaba vacía.

-¿Qué? ¿De qué coño estás hablando?

-Tú sígueme el rollo.